



De la promoción de la lectura al arte de la hospitalidad

Una conversación entre Daniel Goldin Halfon y Michèle Petit,
con Evelyn Arizpe como directora de orquesta

Evelyn Arizpe:

¿Cuáles fueron sus itinerarios y acercamiento al tema de las prácticas de lectura y la cultura escrita?

Michèle Petit:

Dediqué más de veinticinco años, como antropóloga, a estudiar las prácticas de lectura y la relación con la cultura escrita, particularmente en lugares donde el contexto social o familiar no facilitaba el acceso a esta cultura. A partir del pensamiento de Michel de Certeau, lo que me interesaba era la manera en la que cada persona se apropia de unos textos, desviando el sentido prescrito o los usos establecidos. Quise situarme del lado de los lectores, teniendo en cuenta las experiencias singulares de los niños, adolescentes y adultos que encontraba, escuchándoles hablar en entrevistas, lo más abiertas y libres posibles.

Primero coordiné investigaciones en Francia, en regiones rurales y en barrios populares de la periferia urbana (Petit et al.). Como mis interlocutores

mencionaban mucho, de manera espontánea, los sesgos por los cuales unos textos les habían ayudado a descubrirse, a construirse o a reconstruirse—incluso si sólo leían de tanto en tanto—me esforcé en profundizar en el análisis de estas dimensiones (Petit, *Eloge*).

Tuve la suerte de que mis estudios fueran bien recibidos, tanto en Francia como en otros países europeos. Y ciertas personas tuvieron la generosidad de pronunciar mi nombre en México, frente a un editor muy singular . . . Daniel Goldin, interesado en traer a su país a todo tipo de gente que pudiera relanzar el pensamiento y la curiosidad de los profesionales involucrados en la “promoción de la lectura”.

Yo había vivido en América latina, en Colombia, en mi adolescencia y despedirme de este continente había sido difícil. No pensaba en regresar jamás, incluso había olvidado el español. En 1998, Daniel me propuso venir para dar un seminario y armar un libro. Este libro, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura* (Petit), tuvo una recepción muy sorprendente en toda América Latina.

Empezaron a invitarme a todos los sitios y la historia de amor con este continente continúa a día de hoy.

Ahora bien, cada vez que daba una conferencia, algunas personas venían después para comentarme lo que ellas hacían. Empecé a descubrir que, en todo este continente, existían sorprendentes experiencias literarias que reunían a personas que habían vivido muy alejadas de la cultura escrita. Se trataba de lugares de “educación informal,” de talleres en los que la lectura de obras literarias, y también el arte, tenían un papel clave. Estos talleres estaban dirigidos a jóvenes salidos de la guerrilla o de grupos paramilitares, toxicómanos que vivían en la calle, personas desplazadas, niños víctimas de violencia familiar, mujeres con sus bebés en situación de gran pobreza, adolescentes detenidos, etcétera. Las personas que los realizaban eran docentes que experimentaban fuera del marco académico clásico, bibliotecarios, o mediadores de lectura, que formaban parte de asociaciones. Algunas veces también psicólogos, escritores, artistas, narradores orales. En estos talleres, las “humanidades” no eran tanto unos contenidos para analizar, sino una práctica, una conversación, un pensamiento que se construía poco a poco con los demás.

Como veían que estaba interesada en lo que me contaban, empezaron a mandarme informes sobre lo que observaban. Pensé que analizar estas experiencias sería una buena oportunidad para identificar los procesos reparadores y transformadores que allí se

estaban produciendo. A partir del 2004, aproveché cada viaje a Argentina, Colombia, Brasil, o México, para realizar entrevistas con mediadores, considerados personas con mucho talento por sus pares y para visitar algunos talleres, conversando con los participantes. Así pude recoger un material cuyo análisis me permitió identificar algunos de los procesos por los cuales la lectura contribuye a una reconstrucción de sí mismo y de los vínculos sociales en contextos críticos.

A lo largo de los siglos, se había observado que leer, o recordar textos leídos, ayudaba a resistir la adversidad, pero la mayoría de las personas que daban testimonio de ello habían vivido desde su más tierna infancia entre textos escritos. Sin embargo, las experiencias que yo estudiaba se dirigían a aquellos que habían crecido en medios alejados de la cultura escrita y que, a menudo, tenían una actitud muy ambivalente con dicha cultura. Era una posibilidad de precisar los dispositivos que facilitaban la apropiación de la cultura escrita en estos medios, así como acercarse a la creatividad, al arte que tenían los mediadores involucrados en los talleres. Además, permitía apreciar si unas propuestas en las que lo escrito tenía un papel decisivo podían paliar en parte la desorganización de la cultura oral, o acaso reactivarla; o bien, si al contrario, amenazaban con destruir lo que quedaba de ella. De todo esto rendí cuenta en mis libros *El Arte de la lectura en tiempos de crisis* y *Leer el mundo* (Petit, Lire).

Daniel Goldin:

Soy editor (de libros para niños y jóvenes, y de libros sobre cultura escrita). Desde hace cinco años, soy director de la Biblioteca Vasconcelos, una de las bibliotecas públicas más grandes de América Latina, también una de las más visitadas del mundo (y de las pocas que no están perdiendo público). Además, para sorpresa nuestra, pues no fue algo que nos propusimos, la biblioteca con más seguidores en redes sociales de todo el planeta.

Si miro hacia atrás, creo que lo que ha definido mi trayectoria es que, tanto cuando comencé mi vida como editor de literatura infantil y juvenil, como cuando empecé como director de la biblioteca, asumí mi puesto sin saber gran cosa sobre esas materias. Pero no sólo llegué a ese campo sin ser un experto, sino que me atreví a alejarme de las formas habituales que, al menos en mi país, habían definido lo que debía hacer un editor de libros para niños o un bibliotecario. En ambos casos, en lugar de querer esconder o subsanar mi ignorancia, asumí que tenía *el derecho* a probar cosas nuevas, como hacen los niños cuando juegan a ser inventores y hacen experimentos. Y tenía *el deber* de generar o recuperar experiencias, propias o ajenas, analizarlas y compartirlas.

Debo aclarar también que, en ambos campos, el de la literatura para niños y jóvenes, y el de la promoción de la lectura o el quehacer bibliotecario, en mi país prevalecía una visión más o menos mágica de los poderes del libro para redimir a las personas y a los

pueblos. Pese a haber tenido una vida siempre cercana a los libros, yo no estaba ni estoy convencido de esa suerte de religión del libro, que a mi manera de ver, sólo dificulta el hecho de experimentar el poder de las palabras, las imágenes y las ideas que sirven para enriquecer nuestras vidas.

Cuando comencé a publicar libros para niños y jóvenes en el Fondo de Cultura Económica (FCE), prevalecía en México la idea de que los libros debían preservar valores y reforzar la identidad nacional. Como el FCE es una editorial del Estado, debíamos publicar libros para las clases populares, no para los niños ricos, que supuestamente tenían todo. Sin embargo, yo pensaba de otra manera y me parecía que por ese camino sólo iba a generar aburrimiento a los lectores y, desde luego, a mí mismo. Así que, aprovechando la libertad que me dieron, empezamos a experimentar.

Pongo por ejemplo el tema de la identidad. En un país que había hecho del mestizaje el fundamento de su identidad nacional, era de capital importancia dar un salto y reconocer la diversidad, sin la obligación de supeditarla a la tiranía del mestizaje. Promover la diversidad como un valor, no sólo con lemas, sino de manera práctica, mostrando diferentes perspectivas estéticas e incluso formatos, y procurando que, en el catálogo, cada niño pudiera encontrar un libro que sintiera que era su favorito, al lado de muchos otros.

Sin duda alguna, para mí fue muy importante poder acercarme a la producción editorial de Europa o

Estados Unidos, dos regiones en las que había habido un gran desarrollo de la LIJ. Y empezaron a suceder cosas maravillosas.

Pienso, por ejemplo, en la gran recepción que tuvo Anthony Browne entre los niños mexicanos, particularmente *Willy the Wimp*. Un chimpancé muy elegante, tímido y debilucho, que a todo el mundo le pide perdón.

En la Universidad Pedagógica Nacional le hicieron llegar al director de la editorial una queja acerca de que yo, en lugar de publicar libros de leyendas y cuentos tradicionales mexicanos, había elegido publicar a un escritor inglés que dibujaba chimpancés, que nada tenían que ver con los niños mexicanos. Nunca supe si fue porque eran chimpancés, o porque Willy se vestía con un chaleco de lana y no con un sarape mexicano, pero resultó que en este país de machos, los niños adoraron a un chimpancé que se mostraba vulnerable. Y que muchísimos niños (y también adultos) de América Latina sintieron que ellos eran Willy. En realidad, estoy seguro de que todos se equivocaban, puesto que el verdadero Willy era yo

Anthony Browne, que vino a México, jamás había imaginado que su obra podría tener tal recepción en lugares tan remotos, cuando él fundamentalmente la había creado pensando en su propia infancia. Y, sin duda, se enriqueció personalmente durante sus viajes a América Latina, pero, por fortuna, nunca dejó de ser quien era, y de pensar sus libros para alguien indeterminado, que podría ser él mismo.

Algo más sorprendente sucedió con *The Widow's Broom* de Chris van Allsburg, el gran ilustrador americano. Se trata de un libro muy sofisticado, impreso en dos tintas, simulando un libro antiguo. Pues resultó que esa obra se convirtió en el



En el espacio público suelen formularse preguntas como: ¿Leemos más o menos?, ¿Tiene futuro el libro?



libro favorito de una biblioteca itinerante, montada en un autobús, que viajaba por la región más austral del planeta, como me relató conmovida una bibliotecaria chilena. Y ese libro exquisito y refinado, fue *comprado* (no regalado) por niños de zonas muy pobres en la selva de Chiapas. En ambos casos, los editores de Inglaterra o Estados Unidos se vieron sorprendidos por el éxito.

Podría contar muchas cosas sobre estos caminos sorprendentes e imprevisibles, pero quisiera decir unas palabras sobre mi trayectoria como bibliotecario. Para ello, me parece que es importante, al menos, aludir a más de veinte años de transformaciones muy significativas en el campo de la cultura escrita y de la relación niños-adultos, entre otras muchas cosas. Todo esto debo mencionarlo para justificar porqué decidí dejar mi cómodo puesto como editor de una empresa transnacional e irme a dirigir una biblioteca pública enorme, llena de carencias y con una terrible imagen pública (en siete años de existencia había tenido seis directores).

En esas vertiginosas décadas se multiplicaron y diversificaron como nunca las prácticas de lectura y escritura, se fundieron las palabras, imágenes y textos de muchas formas, y en buena medida, gracias a Internet, aparentemente todos pudimos participar de un mismo mundo.

Los jóvenes tuvieron, a un mismo tiempo, más posibilidades de participar en el mundo, pero también menos posibilidades de desarrollo; se multiplicó

la producción, pero también la desigualdad en su distribución; se incrementó la posibilidad de producir y comunicar conocimiento, y a pesar de eso, estamos viendo renacer fenómenos de barbarie y retroceso en la civilización; algo que, ingenuamente, habíamos considerado desterrado para siempre.

Todo con una velocidad creciente, que hace difícil entender lo que sucede, entre otras cosas, porque las palabras que usamos para designar los objetos y las prácticas son claramente insuficientes: Estado, país, justicia, democracia, lectura, entre otras muchas.

En el espacio público suelen formularse preguntas como: ¿Leemos más o menos?, ¿Tiene futuro el libro? Y parece que seguimos buscando las mismas cosas, como si nada hubiera cambiado: formar lectores para construir una sociedad más democrática, por ejemplo.

Yo me sentía y me siento más bien bastante confundido. Y, para decirlo con claridad, cuando decidí irme a dirigir la biblioteca, tenía muchas ganas de ver lo que pasaba del otro lado de la página de los libros (Goldin y Diez Polanco). Tener enfrente un espacio para observar “lo real” o algo, al menos, diferente de mis preconcepciones. Un espacio para hacer experimentos, para provocar, analizar y comunicar experiencias. Y estaba dispuesto a poner en cuestión todo lo que había aprendido sobre formación de lectores.

Me parecía que el gran atractivo era cuestionar y explorar las fronteras: entre ficción y no ficción, ciencias y artes, oralidad y escritura. Y, sobre todo, el experto y

el lego. ¿Qué saben los que no saben?, ¿Cómo darles voz a esos saberes ocultos, a los que no reconocen ni se les reconoce?, ¿Cómo compartir lo que no saben los que son considerados como sabios?

Si antes estaba buscando principalmente formar ciudadanos de la cultura escrita, ahora trato de regresar a la conversación. Como una forma de vivir el presente, pero también de construir un futuro que valore y reconozca la diversidad. Y eso supone aprender a hacer, pero sobre todo a dejar hacer.

Creo que, sobre todo, es necesario enfatizar que la conversación supone la escucha. Escuchar genuinamente al otro. Algo cada vez más escaso y por tanto con mayor valor. Algo de lo que se habla muy poco, por cierto, en los ambientes en los que se habla con tanta preocupación de la formación de lectores. A veces tengo la impresión de que infinidad de personas—lectoras o no—pudieron haber vivido toda su vida sin ser jamás escuchadas. Y eso me da una terrible vergüenza y me da terror.

Evelyn Arizpe:

Miseria y riqueza: ¿qué entendemos por estas dos palabras?, ¿qué significan en cuanto a países, lectores, la lectura y la LIJ?

Michèle Petit:

Vengo de un país, Francia, donde se supone que todo, en términos de cultura, cae desde “arriba” y donde es difícil escapar a un acercamiento miserabilista cuando se

estudian los medios sociales inicialmente alejados de la cultura escrita—“los legos,” como decía Daniel. Un país con una larga historia colonial, que todavía pretende mandar “expertos” a los países del Sur, para que lleven el saber a “los que no saben.” Sin embargo, el pensamiento, la creatividad, el deseo, la atención, estas grandes riquezas, se encuentran con frecuencia allí donde no las esperábamos. Un bibliotecario francés, Alain Massuard, dijo después de una visita a Colombia:

Mis colegas, al igual que yo, llegamos a Colombia con la idea de traer ayuda, un poco de nuestro savoir-faire, consejos. . . Sin embargo, debemos confesar que recibimos más de lo que ofrecimos Como mis colegas franceses, pensaba que me tocaba explicar las bases del sistema de lectura pública en Francia a bibliotecarios colombianos desprovistos de todo. Para nada. Allí los colegas nos reenseñaron tranquilamente las bases de nuestro oficio haciéndonos descubrir espacios concebidos con sabiduría, arreglados con minucia y totalmente dedicados a las necesidades del público. Todo estaba manejado con una competencia técnica que no tiene nada que envidiar a la que existe en las bibliotecas francesas. . . . Creemos que es el resultado de un punto de vista comunitario que se impone a todos, porque es el producto de la reflexión de cada persona y porque ha sido puesto en marcha de manera colectiva. Las bibliotecas son una herramienta para fomentar un futuro de paz y desarrollo.



Creo que, sobre todo, es necesario enfatizar que la conversación supone la escucha.



En América Latina, la riqueza es la de muchos profesionales y voluntarios, tales como estos bibliotecarios, que se dedican “a las necesidades del público.” Y no se trata de palabras vacías, sino de un verdadero compromiso. Me impactó el respeto hacia el otro, como sujeto, que manifestaban muchas personas con las que me encontraba. Para ellas, la cuestión de la lectura, más allá de la cultura, no se limita a sus aspectos escolares; tampoco se trata de “sanar” a unas víctimas (un acercamiento hoy en día frecuente en Europa, donde se multiplica una representación de la lectura como algo que “cura” a los deprimidos, los enfermos, las víctimas, y donde se reduce a la gente a una “identidad de la desgracia”). Los que encontré saben, desde luego, que la lectura tiene efectos terapéuticos, pero no la limitan a un remedio. No pierden de vista la dimensión política y poética de la palabra. Piensan en términos de derechos. Derecho a apropiarse de conocimientos múltiples. Derecho a apropiarse de la lengua y a tomar la palabra en el espacio público. También derecho a lo imaginario, a la metáfora, a algo cotidiano donde el arte tenga un lugar. Derecho a este espacio poético del que la argentina Graciela Montes habló de una manera muy bella en unos libros publicados por Daniel (*La frontera; El corral*). Derecho a la literatura, en términos del brasileño Antonio Cândido, quien lo justifica por el hecho de que ningún ser humano sea capaz de pasar las veinticuatro horas del día sin algunos momentos de entrega a una fabulación, una dimensión poética, ficcional o dramática. Y se trata de algo que necesitamos cada día, como un ritmo vital, como necesitamos dormir y soñar. Algo que nos humaniza y rellena nuestra vida de significado y sentido.

La riqueza también es la del público, de toda esta gente que viene a las bibliotecas, a las ferias del libro, como si tuvieran un

conocimiento íntimo, intuitivo, de la importancia vital de la literatura, oral y escrita, del arte, de la ciencia. Me acuerdo de mi primer viaje a Buenos Aires y de mi sorpresa al ver a miles de ciudadanos y ciudadanas de todas las edades, de todos los medios sociales, incluso muchas personas de medios populares, que esperaban horas para caminar entre libros y hojearlos. En Francia, estas ferias son un rito de profesionales y un placer de las clases medias “educadas.” En París, unas 150.000 personas vienen a nuestro Salón del Libro. En Buenos Aires, 1.2 millones de personas visitan la Feria del Libro. En otros países, Colombia, México, Brasil . . . se observa lo mismo. En Colombia, por ejemplo, el Festival de Poesía de Medellín atrae a más gente que los partidos de fútbol.

Para muchos profesionales que encontré, no se trata de “asistir” a esta gente o de invadir sus espacios. Su arte es quizá, ante todo, el de escuchar, observar, recibir. Por ejemplo, pienso aquí en el trabajo de una artista brasileña, Marie-Ange Bordas. Dondequiera que vaya, en Brasil, Colombia, África, comienza compartiendo lo cotidiano con la gente, viviendo junto a ellos, recogiendo historias que le cuentan, o pidiendo a los niños que le hagan descubrir el lugar donde viven, su río, sus pájaros, sus plantas. Luego, ellos participan de la concepción y la realización de un libro en el que las leyendas colectivas figurarán en la página opuesta de las ilustraciones, que combinan dibujos y fotos realizados con ellos.

Lo notable es la belleza de estos libros, la elegancia del diseño: son verdaderamente una obra de arte. En

cada página, viñetas documentales permiten captar mejor el significado y la resonancia de cada leyenda. A veces, si puede ser impreso, el libro será vendido y generará unos ingresos para la comunidad. Cuando cambia de lugar, Marie-Ange no repite, inventa otra cosa: en Colombia, arma con los niños un gran mapa del lugar decorado con múltiples dibujos. Con poblaciones desplazadas de África del Sur, o en campos de refugiados en Kenia privilegia la fotografía y el video, así como las instalaciones o la construcción de casas en miniatura. Lo que queda: un gran respeto y una imaginación siempre viva, renovada.

Conozco muchos ejemplos así. Desde luego, no se trata de idealizar, tampoco de negar, las dificultades propias de estos países, particularmente para dar un poco de continuidad a las experiencias. No se trata de olvidar la vetustez de muchas bibliotecas públicas, la gran insuficiencia de las colecciones o su ausencia. Un maestro de Chiapas, en México, me escribió un día para darme las gracias en nombre de un grupo de docentes, porque yo publicaba muchas imágenes en Facebook: es que ellos no tenían libros de Literatura infantil y juvenil en sus escuelas, pero gracias a estas imágenes que compartía, podían inventar relatos para los niños . . .

Daniel Goldin:

Cada vez tengo una mayor convicción de que todo el mundo tiene algo que ofrecer, y una historia que contar. Es una convicción antigua, pero que se ha ido acrecentando con los años, y particularmente desde

que entré en la biblioteca Vasconcelos. Y ocurrió al mismo tiempo que la transformación que sufrí en mis concepciones de riqueza y pobreza.

Cuando asumí el cargo, había hecho un programa muy ambicioso, en buena medida inspirado en modelos de bibliotecas de países más desarrollados, que suelen ser siempre los modelos de inspiración. Me habían prometido que tendría todos los recursos que necesitara y sentía que tenía entonces la oportunidad de soñar y llevar a cabo mis fantasías. El mundo contemporáneo nos impulsa a innovar. Y todos solemos asociar la mejora de nuestros servicios con la adquisición de tecnologías cada vez más sofisticadas, más que a descubrir e investigar lo que ya hay, o lo que sucede frente a nuestras narices.

Un día, de pronto, comprendí que esos recursos que me habían prometido, nunca llegarían. Y que si en verdad quería hacer algo que tuviera sentido para la gente, debía indagar las posibilidades de la pobreza. Y tenía que comenzar por reconocer lo que tenía enfrente. Verlo con otros ojos; pero, sobre todo, escucharlo.

La biblioteca se había inaugurado con cerca de 400 trabajadores. Siete años más tarde las obras seguían inconclusas y teníamos menos de 200 empleados trabajando en ella. Pese al abandono, la biblioteca se había convertido en un lugar de reunión para miles de personas provenientes de diversos ámbitos, dentro y fuera de la ciudad de México. Era un espacio lleno de vida, que se lo habían apropiado jóvenes y adultos para cosas jamás imaginadas por los que la construyeron: por

ejemplo, para bailar K-pop en las terrazas, porque en ellas los chicos se veían reflejados; o para estudiar filosofía en los jardines, en círculos de lectura improvisados.

Para tratar de comprenderla me paseaba por el edificio. Tomaba fotografías, hacía preguntas, charlaba con la gente.

Cuando supe que no iba a recibir todos los recursos que me habían prometido, entendí que, si alguna tecnología debíamos imitar, debían ser esas tecnologías simples, adaptables a cualquier entorno y que tienen efectos múltiples a un coste muy reducido. Como las bicicletas que toda la energía que consumen para transportarnos se traduce en una transformación física del usuario. Menos combustible, a cambio de bienestar corporal y preservación del entorno.

Quizá la experiencia inaugural fue el Día del Niño. Yo había querido escapar del mundo de los niños y dedicarme a otras cosas. Pero entré a mediados de marzo y en México el Día del Niño se celebra a finales de abril. Iba a estar muy mal visto que un editor de libros para niños entrara a la Vasconcelos y no hiciera algo especial. Y definitivamente, yo no estaba dispuesto a hacer lo más obvio: traer cuentacuentos y contar cuentos para niños.

Estoy convencido de que a los niños les encantan los cuentos, desde luego. Pero creo que a los niños les interesa todo, si se lo sabes presentar de una manera interesante. Y creo que el mejor regalo que le puedes dar a alguien es un regalo que crezca con ellos. Debíamos regalarles algo que alimentara su curiosidad; abrirles la

biblioteca como un lugar que, a un tiempo, despierta las preguntas y brinda la oportunidad de responderlas, pero sin saciar su sed de saber.

Entonces, en unos minutos, se me ocurrió el título de la actividad. Un regalo íntimo y compartido en el espacio público. E invitamos a científicos, músicos, historiadores y periodistas, para que les regalaran algo a los niños. Algo que para ellos fuera valioso. Un poquito, no mucho. No una clase, ni una conferencia. Microeventos de transmisión cultural los llamamos.

Vinieron algunas personas famosas, pero muchas desconocidas. Repasé el directorio y llamé a todos mis amigos. También invitamos a algunos usuarios. Unos chicos que bailaban, un señor que tenía tatuado en el cráneo el calendario azteca, un entrenador de perros . . . todos tenían algo que compartir y regalar.

Prácticamente no costó nada realizar ese evento. Lo más curioso de todo es que cada persona salía de ahí y nos agradecía que le hubiéramos dado la oportunidad de regalar su tiempo y su atención.

Una fórmula parecida hicimos con la biblioteca humana. Otra modalidad de transmisión cultural, que se originó en Dinamarca, y nosotros desarrollamos para abordar algunos temas que tienen un gran significado para gente que no forzosamente sabía escribir, como violencia de género, paternidades, los terremotos de la ciudad de México, o la lengua materna.

Lo importante de estas dos experiencias, y otras más, es que personas que, en muchos casos, no sólo no son

escritores, sino que ni siquiera se consideran lectores, se convierten en agentes de transmisión. Es una señal de que la biblioteca debe ser un lugar de reconocimiento de saberes, no sólo un espacio para la salvaguarda del conocimiento o su puesta a disposición del público.

Evelyn Arizpe:

¿Qué papel puede jugar la lectura, especialmente la LIJ, en estos espacios?

Michèle Petit:

Ante todo, quizá tenga que recordar que no vamos a salvar el mundo de sus desigualdades o de su violencia con libros y lecturas, aunque quisiéramos que fuera así. Tampoco estoy convencida de esa religión del libro. Lo que sí se puede, y no es poca cosa, es abrir un margen de maniobra, en ciertas condiciones. Abrir espacios, horizontes. Hacer posible una simbolización de lo vivido, incluso lo muy difícil; darle sentido y valor poético. Tener conversaciones sobre temas candentes, con la mediación de unas obras. Facilitar que cada participante encuentre su propia voz. A veces “aprender a tener sentimientos,” como dijo un exguerrillero. Abrir un camino hacia los territorios inexplorados de la afectividad, de las emociones, de la sensibilidad. Propiciar la confianza en sí mismo y, poco a poco, la posibilidad de soñar un futuro.

Les daré un ejemplo: en Colombia, donde Beatriz Helena Robledo leyó cuentos a adolescentes, varones y niñas, en el marco de un programa titulado “Escojo la



Ante todo, quizá
tenga que recordar
que no vamos a
salvar el mundo de
sus desigualdades o
de su violencia con
libros y lecturas,
aunque quisiéramos
que fuera así.



palabra.”¹ Enrolados en el conflicto armado que atravesaba su país, con la guerrilla o los paramilitares, esos adolescentes vieron morir a sus allegados, o mataron a sus enemigos, a menudo en combates cuerpo a cuerpo. Luego fueron hechos prisioneros, se rindieron, o fueron abandonados por sus grupos armados porque estaban enfermos. En la residencia piloto en que se encontraban, los educadores, psicólogos, trabajadores sociales y artistas intentaron que pudiesen recuperar su infancia perdida, para darles la posibilidad, a continuación, de proyectarse en un futuro:

Estábamos contando mitos y leyendas ante un mapa de Colombia que tenía ubicados los diferentes grupos indígenas que pueblan nuestro país. Nunca imaginamos que un mapa pudiera significar tanto. Verlo, tenerlo allí presente, mientras escuchaban los cuentos y las leyendas, les fue configurando sus propias historias, pero también su propia geografía. A medida que leíamos y señalábamos la procedencia del mito o de la leyenda, ellos iban recordando lugares, ríos y pueblos por los que habían pasado.

De pronto, como un “abracadabra,” al hablar de *La Llorona*, *La Madremonte*, *El Mohán*, la palabra de esos jóvenes, reprimida hacía tantos años por la guerra, reemplazada por el ruido sordo de los fusiles, empezó a fluir y comenzaron a contar. (Robledo cit. en Petit, *El arte* 71)

Julio, uno de los adolescentes presentes, al que nunca se le había oído la voz, se puso de pie, tras haber escuchado una leyenda; apuntó en el mapa la región que había recorrido y habló como no lo había hecho en años: comenzó por evocar los mitos

escuchados en su infancia y después contó su propia historia.

Beatriz Helena Robledo comenta:

Una biblioteca o una colección de libros tiene mucho que hacer en una población marginada. . . . Muchísimo más que brindar información o apoyar la educación formal. Para ciudadanos en condiciones medianamente normales de desarrollo, un libro puede ser una puerta más que se abre; en cambio, para aquellos que por circunstancias de la vida han sido despojados de sus derechos fundamentales, o de sus mínimas condiciones humanas, un libro es quizás la única puerta que puede permitirles atravesar el umbral y saltar al otro lado. (cit. en Petit, *El arte* 72)

Los textos leídos abren un espacio de ruptura con la situación de los participantes y relanzan su actividad psíquica, su pensamiento, sus palabras y sus intercambios, enviándoles ecos desde lo más profundo de sí mismos. No puedo detallar estos procesos por los cuales se “salta al otro lado,” como dice Beatriz Helena Robledo, y les remito a mis libros. Verán cómo la literatura es un espacio para habitar, para elaborar un sitio en el mundo, es al menos tanto como un universo dotado de significaciones. Verán cómo muchos lectores comparan la lectura, y particularmente la de obras literarias, con una tierra de asilo, un país propio, un hogar, y sobre todo, con una cabaña. Ahora bien, una cabaña no solo es un abrigo;

en ella se oyen los ruidos del bosque, del mundo. La literatura permite regresar a este mundo que llamamos real, sintiéndonos un poco menos perdidos. Se hace posible una cierta armonización con el mundo exterior, pero también con el mundo interior, una elaboración de la experiencia vivida, una transformación de las emociones y los sentimientos, una manera de entrar en relación con otros y una proyección hacia un futuro.

Son procesos complejos que van más allá de la “empatía.” En mi opinión, construida a partir de lo que me dijeron muchos lectores, y de lo que observaron muchos facilitadores, aunque a lo mejor no sea este el tema principal. Si la literatura puede contribuir a que vivamos con los demás de una manera un poco menos violenta, tal vez no sea tanto porque facilite ponerse en los zapatos del otro, sino porque permita encontrar un lugar propio, un lugar que no esté fundado en la oposición. “Encontrar un lugar” no se refiere sólo al mundo social. De lo que se trata quizá sea de sintonizar con el mundo, incluyendo el mundo natural—algo que se experimenta con el cuerpo. No por casualidad tantos ilustradores de libros para niños dibujan paisajes.

Lo que aprendí en los contextos críticos aclaró para mí lo que está en juego en otros espacios también. Y para terminar, podría resumir aquí algunas de las conclusiones de mis estudios.²

Durante años, nosotros, investigadores y difusores de libros, hemos explicado lo importante que es el hecho de que niños y adolescentes lean literatura, o leérsela,

porque sería bueno para la sintaxis, la capacidad de expresarse, para argumentar, y por lo tanto, para su itinerario escolar y más tarde profesional. Porque ellos compartirían de este modo un patrimonio común, y que leer les ayudaría a comprender el punto de vista de los otros. O porque sería propicio para su desarrollo cognitivo. Y porque tendrían más posibilidades de convertirse después en lectores.

Pero la voluntad de instrumentalizar la lectura de obras literarias, la transforma en una tarea fastidiosa, a la que los niños y los adolescentes tendrían que someterse para satisfacer a los adultos. Por otra parte, el desafío no es solamente formar lectores en un momento en que su número va disminuyendo. A nadie se le ocurre que se les canta a los niños para que se conviertan en grandes músicos. O de que los beneficios de la gimnasia en la infancia sean para que cuando los niños crezcan practiquen regularmente el atletismo.

Los desafíos son más amplios y un poco diferentes. Se trata más bien de vivir experiencias esenciales para el desarrollo psíquico, emocional, intelectual y estético. Experiencias que abren espacios propicios al juego, al sueño, al pensamiento, a la exploración de sí mismo, de los otros, del mundo, al hecho de compartir, al diálogo, y que hacen que el mundo se vuelva un poco más habitable. Experiencias que dejan huellas, recuerdos.

Hoy es tiempo de recordar que somos animales poéticos y narrativos y que, desde la más temprana edad, tenemos necesidad de la literatura y del arte para habitar

el mundo, para relacionarnos con lo que nos rodea, gracias a todo un tejido de palabras, de conocimientos, de historias, de fantasías, de imágenes que interponemos, sin darnos cuenta, entre lo real y nosotros. Tenemos necesidad de la literatura y del arte porque nos remiten también a representaciones de nuestro mundo interior por caminos ocultos, metafóricos, y dan forma a lo que era irrepresentable, impensable. Porque relanzan nuestras asociaciones, nuestra creatividad, nuestro pensamiento, nuestros propios relatos. Porque frecuentar obras de arte enriquece nuestras conversaciones sobre la vida. Porque permite transformar las penas y las emociones en ideas. Necesitamos el arte porque no somos solamente variables económicas, más o menos adaptadas, ajustadas, a un universo productivista.

En un mundo donde hay tanta brutalidad, odio y destrucción, la literatura, el arte, la ciencia, a veces, permiten conservar algunas playas, intervalos, jardines, en los que la sensibilidad dialoga con el intelecto. Y en los que se experimentan sociabilidades un tanto apaciguadas. Esto podría ayudar a que no nos sumemos a esta brutalidad, siendo un poco más curiosos y estando atentos a las cosas y a los seres que nos rodean. Pero no es algo que pueda ser inducido mágicamente sólo por la literatura o el arte; es necesaria una acogida, una escucha, una disposición, un acompañamiento. Mucha conversación. Y es en eso donde el rol de los mediadores es tan importante. Para que las palabras de la literatura, el lenguaje del arte o de la ciencia hagan al mundo más

habitabile. Hacen falta, por lo pronto, otras palabras de un facilitador que te acoja, te escuche y que sueñe el mundo contigo.

Evelyn Arizpe:

¿Cómo logramos que un espacio sea realmente transformador?

Daniel Goldin:

Me gusta que hagas la pregunta sobre el espacio, porque eso nos permite hablar del cuerpo, una dimensión que con frecuencia es silenciada o invisibilizada desde los discursos de la lectura, como si toda esa actividad espiritual se diera en personas sin cuerpo y en lugares indeterminados.

Desde luego no es así. Por el contrario, todo lo que tiene que ver con la lectura es altamente contingente: depende de circunstancias concretas, esa es una de las razones por las que es tan difícil de analizar, y desde luego, por lo que es tan complicado animar a la lectura a partir de fórmulas universales.

En sus libros, Michèle ha documentado la manera en que desde diversos proyectos, tanto en América Latina, como en Europa, algunos promotores han recurrido a la danza, el cuerpo o la música para activar procesos de lectura.

Yo quisiera ahora aludir a cuestiones quizá más elementales o primitivas. Por ejemplo, a la enorme resistencia que hay en la cultura bibliotecaria para

rechazar que los usuarios duerman en las bibliotecas, o se recuesten en los sillones. La directora de la Biblioteca, a la que yo sucedí, ordenaba a los policías despertarlos, y les pedía que se sentaran bien.

Yo, por el contrario, pienso que las bibliotecas son también espacios en los que se puede dormir. Entre muchas otras cosas, porque sostengo que el derecho al descanso es uno de los derechos peor distribuidos en el mundo, y es un requisito fundamental para la salud física y psíquica de las personas. También creo que una de las funciones naturales de la lectura es promover el sueño. Y no sólo en el caso de los niños: los libros nos adormecen y también nos despiertan.

Pero, sobre todo, me interesa el sueño porque pienso que hay una relación de continuidad entre los procesos psíquicos detonados por el sueño y la formación del pensamiento. Entre la ensoñación, la fantasía, y la racionalización. Como la hay entre el caminar y el pensar, recordemos simplemente los *Diálogos* de Platón o las grandes caminatas de Montaigne.

Y pienso que esa relación de continuidad muchas veces se ve fracturada por una concepción reduccionista de la cultura, en la que se tiende a establecer fronteras inquebrantables entre arte y ciencia, lo íntimo y lo público, o entre lo corporal y lo espiritual, por poner algunos ejemplos. Me parece que, si realmente intentamos participar de un mundo con mayores oportunidades para todos, no hay nada más importante, ni más interesante, que propiciar esos



La actividad de leer es anterior a la escritura e independiente de ella.



puentes, que catalizar esos tránsitos, cuestionar y explorar esas fronteras.

Un poco para facilitar todo esto, desde que llegué a la biblioteca, iniciamos un ciclo de charlas que titulamos *Cómo leer*. Ahí hemos tratado de propiciar la lectura de todo tipo de objetos, géneros y prácticas, algunos directamente relacionados con la cultura libresca, otros alejados. Cómo leer un partido de fútbol, cómo leer la leche materna, una danza hindú, un tejido, un rostro, etc. Algunas de estas charlas han tenido mucho éxito, otras se han quedado en intentos fallidos. Pero, en cualquier caso, creo que incentivar a leer el mundo es algo que merece la pena, entre otras cosas, porque permite vincular lecturas y experiencias y además restituye la lectura a su origen: la conversación.

La actividad de leer es anterior a la escritura e independiente de ella. Leer es observar y organizar información. Obviamente, si prestamos igual atención a todo lo que nos rodea, no podemos hacer nada. Hay cosas que no leemos, que damos por sabidas, que hemos hecho invisibles. Y que otras personas, sin embargo, observan y cuestionan.

Para poder enriquecerse con esas lecturas, hay que prestar atención. Hay que aceptar el desconcierto. Afrontar la incertidumbre. Leemos porque necesitamos construir un sentido. Leemos porque al hacerlo, como dijo Michèle, podemos regresar a nosotros mismos, sentirnos mejor en nuestro cuerpo.

Vivimos en un momento especialmente propicio para expandir nuestra capacidad de leer. Porque podemos fijar y compartir imágenes, palabras, sonidos, y llegar a lugares antes inalcanzables. Porque podemos comunicarnos y compartir. Pero eso no viene dado únicamente por las posibilidades técnicas, de la misma

manera en que un lugar no es acogedor sólo por tener ventanas, muebles y una decoración adecuadas.

La palabra hospitalidad me importa mucho (Goldin), y me parece fundamental para aludir a una dimensión esencial de la lectura: la de acoger al extraño y también a lo extraño, aquello que es desconocido para nosotros, y que puede proceder de otra persona, o incluso de nosotros mismos.

No sé si hay una fórmula que pueda ser aplicada universalmente para crear espacios transformadores que favorezcan el desarrollo del cuerpo y el espíritu. Tiendo a pensar que no. Pero creo que sí hay algunos principios fundamentales que tienen que ver con establecer equilibrios entre el espacio amplio para todos y el pequeño rincón. Lo público y lo privado. Entre lo que se dice y lo que se calla. Entre lo que se hace y lo que se deja que suceda. Esa dialéctica le da un valor positivo a la pobreza o la escucha, dos cosas que se tienden a ver sólo como ausencia, de recursos o de sonido.

Un lugar acogedor, un lugar hospitalario, es sin duda un lugar en el que hay un lugar preservado, un espacio de respeto, para la carencia, para el silencio. Y en el que, aunque sea por momentos, la pobreza y el silencio se viven como una forma de plenitud.

Es un lugar en el que puede acontecer lo inesperado: un lugar que no conocemos del todo, un lugar de

escucha, en el que alguien puede llegar y decirnos algo sobre nosotros mismos que no sabíamos antes.

Durante muchos años, las personas relacionadas con el mundo de los libros hemos estado preocupadas por lo que decimos. Por transmitir lo que sabemos. Por decir, escribir y enseñar. Ingenuamente suponíamos que lo que decíamos, hacíamos o escribíamos les daría forma a los otros y a lo otro. Y que eso haría un mundo mejor para todos.

Hoy sabemos que eso no sucede.

Sabemos que escribir es sólo brindarle a alguien la posibilidad de ser otro. De que algunas palabras germinen en su interior y le hagan ver el mundo de una manera diferente, y tal vez descubrirse diferente. Que le brinden una oportunidad de ser otro y sobre todo, aire, aliento, para habitar el mundo y sentirse parte de él.

Eso supone escuchar y escucharse.

A veces tengo la impresión de que infinidad de personas—lectoras o no—pudieron haber vivido toda su vida sin ser jamás escuchadas. Y eso me da una terrible vergüenza y me da terror.

Por eso, con frecuencia, en lugares como este, invito a los que me escuchan a explorar los poderes de la escucha, una actividad altamente comprometedor y muy misteriosa. Tanto o más que la lectura. Y quizá secretamente vinculada con ella.

Notas

¹ “Escojo la palabra”. Dirigido a niños, niñas y jóvenes desvinculados del conflicto armado en Colombia, concebido y realizado por el Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC).

² Esta parte recupera extractos de la conferencia *Las palabras habitables (y las que no lo son)*, pronunciada en el Encuentro internacional *¿Qué leemos?, ¿Cómo hablamos?*, Feria internacional del libro de Buenos Aires, 24 de abril del 2015.

Referencias

Biblioteca Vasconcelos. Cultura: Secretariat de Cultura. <http://www.bibliotecavasconcelos.gob.mx>.

Browne, Anthony. *Willy the Wimp*. Candlewick P, 1984.

Cándido, Antonio. *El derecho a la literatura*. Asolectura, 2013.

Certeau, Michel de. “Lire: Un braconnage.” *L’invention du quotidien, 1) Arts de faire*. Gallimard, 1990, pp. 279-96. Folio essais.

Goldin, Daniel. *Los días y los libros: Divagaciones sobre la hospitalidad de la lectura*. Paidós, 2006.

Goldin, Daniel, y Carlos Diez Polanco. *Al otro lado de la página: Imágenes de la lectura en México*. Santillana, 2008.

Massuard, Alain. “Émotion, rire, conviction.” *Quatre ans de coopération franco-colombienne en bibliothèque*. Edición bilingüe del Ministerio Colombiano de Cultura y la Embajada de Francia en Colombia, 2006.

Montes, Graciela. *El corral de la infancia*. Fondo de Cultura Económica,

2001.

—. *La frontera indómita: En torno a la construcción y defensa del espacio poetic*. Fondo de Cultura Económica, 2000.

Petit, Michèle. *Eloge de la lecture: La construction de soi*. Renaud-Bray, 2002.

—. *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. Fondo de Cultura Económica, 1999.

—. *El arte de la lectura en tiempos de crisis (L’Art de lire ou comment résister à l’adversité)*. Editorial Océana, 2008.

—. *Lire le monde. Expériences de transmission culturelle aujourd’hui*. Belin, 2014.

Petit, Michèle, et al. *Lecteurs en campagnes*. BPI/Centre Georges Pompidou, 1997.

Van Allsburg, Chris. *The Widow’s Broom*. HMH Books for Young Readers, 1992.



Promoting Readership and the Art of Hospitality

A conversation between Daniel Goldin Halfon and Michèle Petit, with Evelyn Arizpe as orchestra conductor

Evelyn Arizpe:

What are your approaches and itineraries as far as practices for reading and written culture are concerned?

Michèle Petit:

In my work as an anthropologist, I devoted more than twenty-five years to studying reading practices and their relation to written culture, particularly in those settings where society or family contexts did not facilitate access to that sort of culture. Taking Michel de Certeau's thoughts as my starting point, I became interested in the way each person appropriates some texts, deviating from prescribed meaning or established usage. I wanted to place myself among the readers, taking into account the singular experiences related by children, teenagers and grown-ups, listening to them in interviews carried out quite freely, with the greatest openness.

I began coordinating research in rural areas and in lower-income neighbourhoods in suburban settings in France (Petit et al.). Since my respondents kept on

mentioning spontaneously the turns through which certain texts had taken them, helping them to discover themselves, to build or rebuild a sense of self—even those who read only every once in a while—I made an effort to undertake a deeper analysis of these particular dimensions (Petit, *Eloge*).

Fortunately, my research pieces were well received in France, as well as in other European countries. Some generous people mentioned my name in México, in front of a very unusual publisher: Daniel Goldin, who is always looking to invite people of all kinds to his country if he thinks they will be able to re-ignite the curiosity and ideas of professionals involved in the “promotion of reading.”

When I was a teenager I lived for a while in Latin America, in Colombia to be precise; it was difficult for me to say goodbye to that continent. I never thought of going back, and I even forgot how to speak Spanish. Then, in 1998, Daniel came up with the idea of my coming here to conduct a seminar and publish a book.

The book, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura* (Petit), was very well received in Latin America. I was surprised; I began to get invitations from all over the world. My love story with this continent continues to this day.

After each lecture, people would approach me to talk about what they were doing. That is how I began to discover the amazing literary experiences that were taking place throughout the continent, involving those whose lives had not been previously related to written culture at all. Such experiences were happening in the context of “informal education,” at workshops where reading works of literature, and also looking at art, played a key role. The workshops were aimed at young people coming out from guerrillas or paramilitary groups; drug addicts living in the streets; displaced persons; children victimized by family violence; women with babies in situations of dire poverty; teenagers in jail, and so forth. The conductors were professors experimenting outside the classic academic framework, librarians, or reading mediators belonging to a variety of associations. Psychologists, writers, artists, storytellers were sometimes involved as well. In these workshops, “the Humanities” were not treated as content for analysis, but rather as a practice, a conversation, a manner of thinking built gradually with the support of others.

I expressed real interest in their work, and therefore, they started mailing me some of their findings. I then realized that analyzing these experiences offered the

opportunity to identify the healing, transformative processes taking place in these groups. Starting in 2004, I took advantage of every trip to Argentina, Colombia, Brazil, and México to conduct interviews with mediators, those held in the highest consideration by their peers on account of their talent. I also attended some of the workshops, and talked with the members. In this manner, I collected material for analysis, which allowed me to identify some of the processes through which reading contributes both to rebuild oneself, and repair social bonds in critical contexts.

For centuries it had been remarked that reading, or recalling previous readings, helped one to endure adversity, but most of those statements came from people who had lived among written texts since early childhood. However, the experiences in my research came from those who grew up in environments far from written culture, often holding ambivalent attitudes towards such culture. Here was a possibility to distinguish precisely those tools that facilitate the appropriation of written culture in such environments, as well as observing the mediators’ creativity and artfulness during their workshops. Also, this research would allow us to appreciate whether some proposals where writing performed the main role could partially alleviate the lack of organization in oral culture, or perhaps reactivate it; or if, on the contrary, they threatened to destroy what remained of it. It is all described in my books *L’Art de lire ou comment résister à l’adversité* and *Lire le monde*.

Daniel Goldin:

I am a publisher (of children's and young adult books, and also books on the subject of written culture). For the last five years, I have been the director of the *Biblioteca Vasconcelos*, one of the largest public libraries in Latin America; it is among the most visited in the world (and one of the few that is not losing users). It has also become the world's leading library in terms of social-network followers, which came as a big surprise since that was never one of our goals.

Looking back, I believe that my trajectory was defined by the fact that, when I undertook life as a publisher of children's books, and again as a library director, I did so with very little previous knowledge about these matters. Not only did I arrive in these fields lacking expertise, but I was bold enough to stray far away from the customary paths that, at least in my country, define what a publisher of books for young readers or a librarian should do. In both cases, instead of attempting to hide or repair my ignorance, I assumed I had the *right* to experiment, just as children do when, in their games, they play at being inventors and making experiments. I also had the duty to create or recover experiences, my own and others, with the purpose of analyzing and sharing them.

For the sake of clarity I should say that in my country the prevalent vision in both fields, children's literature and library work, has consisted of a more or less magic belief in the power of books to redeem

individuals and populations. My own life has always been close to books, but I have never believed in this sort of book-religion. Such beliefs only get in the way of experiencing the power in words, images and ideas that enrich our lives.

When I began as a book publisher for children and young readers at the Fondo de Cultura Económica (FCE), the prevailing view was that such books needed to preserve values and reinforce national identity. Since FCE is a state-owned publishing house, we should publish books aimed at the popular classes, not for rich children who were supposed to have access to everything. However, I believed otherwise, and felt that if we followed the customary path, I would only create boredom for readers and, it goes without saying, get bored myself. Therefore, using the freedom that I was granted, we started to experiment.

The question of identity is an example. In a country that had made of the *mestizo* (mixed Spanish and Indigenous blood) mystique the foundation of national identity, it was of the utmost importance to take a leap, recognizing diversity without having to bond it to this mixed-blood tyranny. It was also crucial to go beyond slogans and promote diversity in our practice as a value in itself, using different aesthetic perspectives and formats. Our goal was to create a catalogue in which every child could find a favourite title among many others.

Doubtless, it was very important to take a closer look into book production in Europe or the United States, two

regions marked by a great development of children's and young adult literature. Wonderful things started to happen then.

One instance was Anthony Browne's great success among Mexican children, particularly with his book *Willy the Wimp*, the story of an elegant and very shy chimpanzee, a weakling who is always apologizing.

Our publishing director received a letter from the Universidad Pedagógica Nacional complaining that I had chosen to publish a British writer who drew chimps, a subject not at all related to Mexican children, instead of favouring books containing Mexican traditional stories and legends. I could never tell whether it was the chimpanzees, or the fact that Willy wore a wool vest and not a Mexican sarape, but the fact is that in such a macho country as ours, children fell in love with an admittedly vulnerable chimp. A large number of children (as well as grown-ups) in Latin America identified with Willy. To tell you the truth, I believe they were mistaken, since the real Willy was myself

Anthony Browne, who did come to México, never imagined that his work would be so well received in distant countries, since his creations stemmed from his own childhood. I am sure his travels in Latin America enriched his experience, but fortunately, he is still the same person, and keeps creating books for any kind of reader, that is, for himself.

The Widow's Broom, by the great American illustrator Chris van Allsburg, had an even more surprising outcome. It was quite a sophisticated publishing project, printed in two inks, designed to look like an ancient book. It so happened that it became the favourite book in an itinerant library set up in a bus through



In the public sphere, questions like “Are we reading more or less?” or “Is there any future for books?” are often put forward.



our planet's southernmost regions, as I heard from an emotional Chilean librarian. This exquisite, refined book was actually bought (not received as a give-away) by children in some of the poorest regions in the Chiapas jungle. In both instances, publishers in England and the United States were amazed by this sort of success.

I could go on with many instances of these surprising, unforeseen pathways, but I'd rather say a few words about my experience as a librarian in a context that for the last twenty years has witnessed, among many other things, significant changes in the fields of written culture and in the relationships between children and adults. These are the reasons that made me leave my comfortable position as a publisher in a multinational company to take on the job of directing a huge public library, plagued by chronic lack of resources and a terrible public image (it went through six directors in seven years).

During these accelerated decades, reading and writing practices were multiplied and diversified to an extent never seen before, as words, images and texts were fused together in many ways. Apparently, we all became able to share a single world, due largely to the internet.

At the same time, even as their participation in the world grew, young people faced diminishing opportunities for personal development; production figures multiplied while unequal distribution reached a peak. The growing ability to create and communicate

knowledge was offset by a rebirth of social violence and a loss of civilizing values; something we naively believed had been overcome for good.

This constantly accelerated change makes it hard to understand what is going on; the words we use to designate things and practices, such as state, country, justice, democracy, reading—along with many others—have clearly become insufficient.

In the public sphere, questions like “Are we reading more or less?” or “Is there any future for books?” are often put forward. We appear to be searching after the same things, as if nothing had changed, e.g., developing readership in order to build a more democratic society.

I felt rather confused, a feeling that persists to this day. Speaking clearly, what I wanted when I took on the library was to observe what goes on from the other side of the pages in a book (Goldin and Diez Polanco); to get a look at “reality”, or at least at something that would mean freedom from my own preconceived ideas; a space to carry out, challenge, analyze and communicate experiences. And I was ready to question everything I had learned about furthering the development of readers.

What appealed most to me was exploring and questioning the barriers between fiction and non-fiction, science and art, orality and readership. Most of all, between expert and layperson. What knowledge belongs to those who don't know? How may that hidden knowledge from unrecognized people acquire a voice?

How could we share with those experts—supposedly wise and knowledgeable—the very things they don’t know?

Previously I had directed my efforts to develop citizens of the written culture. Now I aim to return to the conversation, not only as a way to live the present, but also to build a future that recognizes and values diversity. This involves learning to do things, but mostly allowing other kinds of stuff to go on.

The foremost thing regarding conversation is that it requires listening; to really listen to the other. Listening is becoming scarcer by the day, and therefore, more valuable. Listening is a concept that remains mostly unspoken in a milieu where so much is expounded about the worries of creating and furthering readers. Sometimes I have the feeling that a vast number of people—regardless of being readers or not—may have lived their whole lives without being listened to. This deeply shames and horrifies me.

Evelyn Arizpe:

Destitution and wealth: what is understood by these terms? What do they mean in terms of countries, reading practice, and literature for children and young adults?

Michèle Petit:

In the country I come from, France, everything cultural is supposed to fall down from “above”, and it becomes difficult to escape approaches with a deficit

view while conducting research in social environments initially cut-off from written culture—among the “lay persons” mentioned by Daniel. A country with a long colonial past, yet bent on sending “experts” to Southern nations to spread knowledge among “those who lack it.” Nevertheless, all the greatest riches—thinking, creativity, desire, attention—are often found where least expected. After visiting Colombia, a French librarian, Alain Massuard, said,

My colleagues and I arrived in Colombia with the idea of helping out, sharing some *savoir-faire*, and extending good advice. . . We should confess, however, that we received more than we were able to offer. . . . My initial approach, shared by my French colleagues, to those Colombian librarians who lacked everything was to explain the foundations upon which the public reading system in France is based. It was not to be so. Not at all. Patiently our colleagues there taught us again what the true bases of our craft were, leading us to discover wisely conceived spaces, arranged with an eye to every detail, totally devoted to public needs. Everything was handled with the greatest technical skill, a level of professional competence equal to that in French libraries. . . . We believe this is the result of a community-oriented approach shared by all, having been produced by means of individual reflection and collective motion. Libraries are a tool to create a peaceful, growing future.



The foremost
thing regarding
conversation is that
it requires listening;
to really listen to
the other.



In Latin America, wealth lies in the many professionals and volunteers such as these librarians, devoted to “public needs.” Not empty words, but a true commitment. I was struck by the vast respect shown for the other as a subject by many of the people I met. For them, the notion of reading goes beyond culture, and it is not limited to school performance; neither is it about “healing” victims (an approach nowadays frequently used in Europe, where reading is presented as a therapy to “heal” depressed or sick people, or victims, all reduced under an “identity of disgrace”). The people I approached are well aware of the therapeutic effects derived from reading, but they do not restrict it to such function. While keeping in sight the political and poetic dimensions of words, they think mostly in terms of rights. The right to appropriate multiple knowledges. The right to take on the power of language, and to be able to speak in public. Also the right to the realm of imagination, to metaphors, to creating a day-to-day place for art in their lives. A right to poetic space, so beautifully proposed by the Argentinian Graciela Montes in some books published by Daniel (*La frontera; El corral*). The right to literature, taken in the sense described by the Brazilian writer Antonio Cándido, who argues that no human being is able to spend twenty-four hours without yielding at least momentarily to fabulation, to some poetic, fictional or dramatic dimension. It is something we need to do every day, a vital rhythm, just as we need to sleep and dream. Something that makes us human, giving sense and meaning to our lives.

Wealth is also made up by the public, all the people who attend libraries and book fairs, as if they had some intuitive, rather intimate knowledge about how vitally important literature is—both written and oral—along with art and science. I recall my first trip to Buenos

Aires; I was surprised to see thousands of people of all ages, from every social level, including many of humble means, lining up for hours just to get a chance to walk among books and leaf through them. In France, these book fairs are professional endeavours, a pleasure for our “educated” middle class. In Paris, we get approximately 150,000 visitors to our Book Salon. In Buenos Aires, the Book Fair reaches an attendance of 1.2 million. The same thing happens in other countries, such as Colombia, México or Brazil. For instance, in Colombia, the Medellín Poetry Festival draws larger crowds than football matches do.

For many of the professionals I encountered, this is neither about “assisting” people nor trying to invade their spaces. Perhaps their talent lies in the art of listening, observing, receiving. I recall, for instance, the work of the Brazilian artist, Marie-Ange Bordas. Wherever she goes in Brazil, Colombia, or Africa, she starts by sharing daily life with the local population, collecting stories they tell her, asking the children to help her discover the place they live in, the rivers, birds and plants. Later, they all participate in conceiving and making a book where collective legends are placed opposite illustrations created by the children with photos and drawings.

These books possess remarkable beauty and a most elegant design: they are true works of art. Page by page, the documentary vignettes allow us to better capture the meaning and echoes of every legend. Sometimes, if printing is feasible, the book may be put up for sale, all

proceedings going to the community. When she shifts locations, Marie-Ange never repeats herself, choosing to invent a new thing: in Colombia, she assembles with the children a large map of their place decorated with multiple drawings; among displaced people in South Africa, or in refugee camps in Kenya, she relies more on photography and video, as well as installations or creating miniature houses. What remains constant throughout is a great deal of respect and a constantly renewed, very lively imagination.

I have come across many similar examples. Of course, I am neither attempting to idealize nor deny the difficult conditions prevailing in these countries just to introduce continuity in varied experiences. One should not forget the decrepit conditions of many libraries, beset by dire insufficiency or absolute lack of contents. A teacher from Chiapas in México sent me a letter in the name of a group of his colleagues thanking me for publishing so many images on Facebook; their schools did not have any books for children or young readers, but the images I shared were used to invent stories for their pupils

Daniel Goldin:

Increasingly, I have become convinced that everyone has something to offer, as well as a story to tell. It is an old belief, but it grows stronger as the years go by, particularly since I started working in the Vasconcelos library. At the same time, the way I conceived wealth and poverty underwent a transformation.

When I took on that job, I had designed quite an ambitious program, largely inspired by model libraries in developed countries, which are a common model for inspiration. I had been promised ample resources, and I felt this was an opportunity to dream and deploy my fantasies. Nowadays, the world impels us towards innovation, and any improvement in service is usually associated with acquiring increasingly sophisticated technologies, rather than discovering what is already there, happening right before our eyes.

After a while, I understood that the promised resources would never arrive. If I really wanted to do things that made any sense to people, I needed to examine the possibilities of poverty. I had to begin with what was staring me in the face, observing it with different eyes, but mostly what I needed to do was to listen.

At inauguration time, the library was staffed with 400 workers. Seven years later, construction was not yet completed, and we had less than 200 employees. In spite of being abandoned, the library had become a meeting venue for thousands of people coming from a variety of places in the city and elsewhere. It was quite a lively place, appropriated by youngsters and grown-ups who used it for endeavours that the builders never imagined: for instance, dancing K-pop on the balconies, where kids could see their reflected images, or improvised reading circles gathering to study philosophy in the gardens.

I kept walking through the building trying to understand, taking pictures, speaking with people, and asking questions.

When I finally saw I was not getting those promised resources, it dawned on me that we ought to take on simpler technologies that we could adapt to any environment, producing multiple effects while reducing costs. Just like bicycles, where all the energy spent goes into user transformation. Less fuel, physical well-being, and environmental preservation.

The initial experience took place on Children's Day. I had fled the world of children, aiming to do different things, but I started in the middle of March, and Children's Day in México is celebrated around the end of April. It would be most unsightly if a publisher of children's books took over the Vasconcelos and did nothing special on such a date. I was definitely set on departing from a tradition consisting of bringing storytellers to tell stories to children.

Of course, I am persuaded that children like being told stories, but children will like anything if it's presented in an interesting manner. I also believe that the best gift you can give to anybody is something that will grow with him or her. We ought to provide something to feed their curiosity, open the library for them as a place that raises questions and offers the opportunity to find answers without quenching the thirst for knowledge.

Then, in a few minutes, I came up with a name for that kind of activity. An intimate gift shared in a public

space. We invited scientists, musicians, historians, and journalists to make a present to the children. Something valuable for them. A little bit, not much. Not a class or a lecture. We named these activities Cultural Transmission Micro-Events.

A few famous names took us up, together with a large amount of unknowns. I went through my phone book and called all of my friends. We also invited some library users. The kids who danced, a man who had the Aztec Calendar tattooed on his scalp, a dog trainer . . . each one had something to share and give away.

The expenditure for this event was practically nil. On the contrary, each person coming out expressed their gratitude for having had an opportunity to give away some of their time and attention.

The human library was based on a similar formula. This is another cultural transmission mode created in Denmark. We developed it for people who do not necessarily know how to write, so they could approach some very significant subjects such as gender violence, paternities, México City's earthquakes, and mother tongues.

The relevance of these two experiences, and others along the same line, lies in the fact that, in many cases, those who were not writers, or did not even consider themselves readers, became agents in transmission. This means that the library must become a place where different knowledges are recognized, and not only a place for the safe preservation of books or public access to them.

Evelyn Arizpe:

In these spaces, what role can reading play, especially regarding literature for children and young adults?

Michèle Petit:

Perhaps we need to be reminded that books and reading cannot save the world from inequality or violence, no matter how hard we wish for it. I don't believe in book-religion either. However, what may be achieved, under certain conditions, is an open margin for manoeuvring, and that is no small thing. Opening up spaces and horizons that create the possibility to symbolize lived experiences, even those that were very hard, and give them meaning and poetic value. Being able to discuss urgent, burning issues through the mediation bestowed by some books. Also, facilitating the process through which each participant may find his or her own voice. Sometimes this becomes "learning to have feelings," in the words of an ex-guerrilla fighter, that is, promoting self-confidence, gradually building the possibility to dream up a future, and clearing a path towards unexplored territories of affectivity, emotions, and sensitivity.

Allow me to mention an example. In Colombia, Beatriz Helena Robledo read stories to a group of male and female teenagers as part of a program called "I choose the word."¹ These teenagers, tangled in the country's armed conflict, witnessed the death of people close to them, or killed enemies, often in bodily combat. Later they surrendered, were captured, or were



Perhaps we need to
be reminded that
books and reading
cannot save the
world from inequality
or violence, no
matter how hard we
wish for it.



abandoned by their armed groups because they were ill. In the pilot residence where they lived, teachers, psychologists, social workers, and artists tried to give them back their lost childhood, so they could recover the possibility of projecting a future for themselves:

We narrated myths and legends while facing a map of Colombia highlighting the different indigenous groups that inhabit our country. We never thought that a single map could be so significant. Watching it while they listened to tales and legends, it configured not only their own stories, but also their own geography. As we read and indicated where the legend or myth came from, they recalled places, rivers and villages they had traversed.

All of a sudden, while speaking of *La Llorona*, *La Madremonte*, or *El Mohán*, these young voices that had been suppressed and replaced by the dull noise of gunfire, started to flow, and they began to tell their own stories. (Robledo qtd. in Petit, *El arte* 71)

Julio, one of the teenagers in the group whose voice had so far not been heard, stood up after listening to one legend, and he pointed in the map the places he had traveled through, breaking a silence that had lasted for years. After mentioning some myths he had heard in his childhood, he told his own story.

Beatriz Helena Robledo offers these remarks:

In marginal populations, a library or any book collection can play a large role . . . far more important than providing

information or supporting formal education. For those citizens enjoying normal development conditions, a book may just be another door opening; in contrast, for those whom life circumstances have taken away those fundamental rights that guarantee minimal human conditions, a book may be the only door available to jump across the threshold into the other side. (qtd. in Petit, *El arte* 72)

Reading texts opens a space that allows participants to break free from their situations, relaunching their psychic activity, their thoughts, their words and exchanges, all of which resonate internally at the deepest level. I cannot go here into the details of these processes by which one is able to “jump onto the other side,” to use Beatriz Helena Robledo’s words; for that I refer you to my books, where I show how literature becomes a space one may inhabit, since it creates a place in the world for the reader, at least, as a universe gifted with significance. Many readers compare reading, especially literature, to a shelter, a country of one’s own, and most frequently to a hut. A hut, nonetheless, is not only a shelter; inside you can hear sounds from the forest and the world outside. Literature allows one to return to the so-called real world with a diminished sense of loss; a certain harmony with both the external and the inner world becomes possible, elaborating life’s experiences, transforming feelings and sentiments, establishing a way to relate to others, and projecting oneself into the future.

These complex processes go far beyond “empathy.” In my opinion, based on what I have heard from many readers and facilitators, perhaps it is not even the major theme. If literature’s contribution includes a less violent way for living together, this may not be due to its power to put the reader in another person’s shoes, but rather to the fact that it allows people to find their own places, places not based on opposition. “Finding a place” not only refers to the social environment, but to a process of tuning into the world, and this includes the natural world: something we experience through the body. It is not by some haphazard chance that so many illustrators of children’s books draw landscapes.

What I learned from critical contexts has brought clarity to issues that are at stake in other areas. Before this is over then, I would like to summarize some of my research findings.²

For years, researchers and promoters of books like us have emphasized how important it is for children and teenagers to read literature, or to have someone read it to them, since this would improve their syntax and develop their expressive capabilities to build arguments, both essential skills for their academic and later professional performance. In this way, they would share a common heritage; also, reading helps one understand other people’s viewpoints, it supports cognitive development and increases the chances of becoming adult readers later on.

However, a purpose to install habits of reading literature changes the process into a task that children and

teenagers must carry out in order to gain adult approval. On the other hand, the real challenge is not only to create readers at a time when their numbers are waning. Nobody believes that singing to children will make them become great musicians, nor that gymnastic classes will lead them to regular athletic practice once they are older.

Our true challenges are wider and somewhat different. They encompass living through experiences that are essential for psychological, emotional, intellectual and aesthetic development, that open spaces propitious for playing, dreaming, thinking, exploring oneself and others, as well as the world; also sharing, talking to each other, all of which make our planet a better place to live in. Experiences that leave an imprint, together with memories.

Now is the time to remember that we are poetic, narrative animals who need to be nourished from an early age by art and literature in order to abide in the world, to relate to what exists around us, to create, through words, patterns of knowledge, stories, fantasies, images that we place between reality and ourselves while being unaware of it. We need literature and art because they also convey representations of our inner world through hidden, metaphoric pathways, giving shape to what was not representable, not even thinkable. They relaunch our associations, our creativity, our thoughts, our own stories. Frequent contact with artworks will also enrich our conversations about life, and change sorrow and other feelings into ideas. We need art because we are

more than economic variables, adjusted or adapted to a productivist universe with different degrees of success.

In a world overcome by hate, brutality, and destruction, literature, art, and science do preserve a few beaches, intervals, gardens, where sensitivity and intellect may hold conversations, and make room for an appeased sociability. This might help us avoid falling into the prevailing brutality, thanks to a slightly enlarged curiosity, and to our interest in things and beings around us. Yet, this cannot be magically achieved purely through literature or art; we need to create reception, to listen, to be willing to become companions through many conversations. This is why the mediator's role is so crucial. Words in literature, as well as the language of art, contribute to a better world thanks to other words, those from a facilitator who guides, advises, and dreams up the world along with you.

Evelyn Arizpe:

How can we create spaces that bring about real change?

Daniel Goldin:

I'm glad you ask about spaces, since it allows us to speak of the body, which as a dimension is usually omitted or made invisible in discourses about reading, as if all that spiritual activity happened to bodiless people in unspecified places.

Of course, it is not so. On the contrary, everything related to the act of reading is highly contingent: it

depends on concrete circumstances, which is one of the reasons why it's so hard to analyze and promote universal formulas.

Michèle has documented in her books how some facilitators have resorted to dance, to the body, or to music with the aim of activating reading processes in a variety of projects.

I wish now to approach more elementary or primitive questions. For instance, in library culture there is a huge resistance to let users fall asleep in the library, or to allow them to lie back on a chair. The previous library director told library guards to shake sleepers awake, and she ordered them to sit up.

In contrast, I think libraries are also spaces where one may sleep. This among many other things, since I argue that the right to rest is one of the most unfairly distributed rights in the world, and resting is a basic requirement for physical and psychological health. I also believe that one of the natural benefits from reading is helping us to fall asleep. This does not only apply to the case of children: books make us sleepy, though they also awaken the reader.

What interests me most about sleep is the relation of continuity between those psychic processes triggered by dreaming and the way thinking is shaped. It lies somewhere between daydreams, fantasies, and rationalizations. Just as it happens with walking and thinking; let us simply recall Plato's *Dialogues* or Montaigne's extended walks.

I also think that this relation of continuity is often fractured by a reductionist conception of culture that tends to impose unshakable barriers separating art from science, the intimate from the public, the corporeal from the spiritual, to mention just a few examples. It seems to me that if we really wish to be part of a world with increased opportunities for everyone, nothing is as important or interesting as promoting bridges to catalyze such transit, questioning, and exploring established barriers.

Aiming to facilitate this sort of processes, we started a series of talks titled *How to Read*, as soon as I arrived in the library. This initiative attempted to propitiate reading of all types of objects, genres, and practices, sometimes in a direct relation to bookish culture, and sometimes apart from such culture. How to read a football match, how to read mother's milk, a Hindu dance, a weaving, a face, etc. Some of the talks were quite successful, others flopped. Anyway, I do believe that creating incentives to read the world is absolutely worthwhile because, among other things, it allows readers to link their experiences to what they read, and takes reading back to its origin: conversation.

As an activity, reading predates writing and is independent from it. To read means to observe and organize information. If we were to lend the same amount of attention to everything, obviously we would be unable to do anything. There are many things we do not read, that we take for granted, that are no longer



As an activity,
reading predates
writing and is
independent
from it.



visible to us. However, others do observe and question those very things.

One needs to pay attention to gain the wealth such reading dispenses. One has to accept being puzzled, to face uncertainty. We read because we need to build meaning. As Michèle just said, we read so that we can return to ourselves, to feel better within our bodies.

We are now living in conditions that are especially appropriate for an expansion in our reading capability. We can fix and share images, words, sounds; we can reach previously unattainable places; we are able to communicate and share. However, this is not only an outcome of technical possibilities, in the same way that a place does not feel cozy for just having adequate windows, furnishings, and décor.

I care greatly for a particular word: hospitality (Goldin), which I believe is fundamental when alluding to a special dimension of reading: welcoming the stranger, whether it be a person or an object, something unbeknownst that originates in another person, or maybe even in ourselves.

I don't know about any formula one could apply universally to create such spaces for transformation, spaces that aid bodily and spiritual development. Even though I think such a formula is not likely to exist, I do believe in some fundamental principles regarding an equilibrium between the wide space for everyone and the small corner, between the public and the private, between what is said and left unsaid, between what is done and what is allowed to happen. This sort of dialectic confers positive values to poverty and to listening, two things which are usually considered only in terms of absence, whether of resources or sound.

A hospitable, cozy place must doubtlessly include a space devoted to respect for the condition of lacking, for silence. Once you are in there, even if only for an instant, both poverty and silence are experienced as a form of plenitude.

The unexpected may arrive in such a space, for it is a place we do not completely know; a place for listening, where we might be told something we did not suspect about ourselves.

For many years now, people like myself, related to the world of books, have been mostly preoccupied about what we say. We want to transmit our knowledge. To speak, to write, to teach. We have been naive enough to believe that others would be shaped by what we said, did or wrote. Also, we supposed our work would make a better world for everyone.

Nowadays we have learned it doesn't happen that way.

What we know is that writing goes no further than offering a possibility for someone to become another person; that a few words will sprout internally, and bring about a different way of looking at the world, perhaps even discovering that oneself is also different. An opportunity to be another, and above all, to give us some air we can breathe, to inhabit a world with the feeling one belongs to it.

This means to listen to the other and to oneself.

Sometimes I perceive that countless people—both readers and non-readers—may have gone through their lives without ever being heard. I find that terrifying and it makes me feel horribly ashamed.

That is why, in places such as this, I usually extend an invitation to everyone present to explore the power of listening, a highly compromising and quite mysterious activity, just like reading, but even more so. And perhaps, linked to it by a secret bond.

Notes

¹ “Escojo la palabra,” addressing boys and girls separated from armed conflict in Colombia. Designed and produced by Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe (CERLALC).

² This section includes some extracts from *Las palabras habitables (y las que no lo son)*, read by the author at the international conference *¿Qué leemos?, ¿Cómo hablamos?*, Feria Internacional del libro de Buenos Aires, April 24th 2015.

Works Cited

- Biblioteca Vasconcelos. Cultura: Secretaría de Cultura. <http://www.bibliotecavasconcelos.gob.mx>.
- Browne, Anthony. *Willy the Wimp*. Candlewick P, 1984.
- Cándido, Antonio. *El derecho a la literatura*. Asolectura, 2013.
- Certeau, Michel de. "Lire: Un braconnage." *L'invention du quotidien*, 1) *Arts de faire*. Gallimard, 1990, pp. 279-96. Folio essais.
- Goldin, Daniel. *Los días y los libros: Divagaciones sobre la hospitalidad de la lectura*. Paidós, 2006.
- Goldin, Daniel, and Carlos Diez Polanco. *Al otro lado de la página: Imágenes de la lectura en México*. Santillana, 2008.
- Massuard, Alain. "Émotion, rire, conviction." *Quatre ans de coopération franco-colombienne en bibliothèque*. Edición bilingüe del Ministerio Colombiano de Cultura y la Embajada de Francia en Colombia, 2006.
- Montes, Graciela. *El corral de la infancia*. Fondo de Cultura Económica, 2001.
- . *La frontera indómita: En torno a la construcción y defensa del espacio poetic*. Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Petit, Michèle. *Eloge de la lecture: La construction de soi*. Renaud-Bray, 2002.
- . *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. Fondo de Cultura Económica, 1999.
- . *El arte de la lectura en tiempos de crisis (L'Art de lire ou comment résister à l'adversité)*. Editorial Océana, 2008.
- . *Lire le monde. Expériences de transmission culturelle aujourd'hui*. Belin, 2014.
- Petit, Michèle, et al. *Lecteurs en campagnes*. BPI/Centre Georges Pompidou, 1997.
- Van Allsburg, Chris. *The Widow's Broom*. HMH Books for Young Readers, 1992.

Evelyn Arizpe es Profesora Titular en la Escuela de Educación de la Universidad de Glasgow. Ha enseñado, impartido conferencias y publicado ampliamente en el campo de la literatura infantil y la alfabetización durante más de 25 años, desarrollando su experiencia mediante la colaboración entre la literatura infantil y la alfabetización (incluida la alfabetización visual). Sus proyectos más recientes se centran en la migración y la xenofobia y la creación de espacios seguros a través de libros ilustrados para niños y otras prácticas basadas en las artes.

Evelyn Arizpe is a Senior Lecturer at the School of Education, University of Glasgow. She has taught, lectured, and published widely in the field of children's literature and literacy for over 25 years, developing her expertise by bridging children's literature and literacy (including visual literacy) research. Her most recent projects focus on migration and xenophobia and the creation of safe spaces through children's picturebooks and other arts-based practices.

Daniel Goldin Halfon ha estado involucrado en publicar, escribir y hablar sobre la cultura y la palabra escrita durante más de 25 años. Como editor de libros para niños en México, estimuló el crecimiento de este sector en América Latina al lanzar las colecciones de literatura infantil para el grupo editorial Fondo de Cultura Económica en 1991. Actualmente es Director de la Biblioteca Vasconcelos, la biblioteca con más seguidores en las redes sociales del mundo. En 2013 fue nombrado como uno de los 10 editores más influyentes de Ibero-América.

Daniel Goldin Halfon has been involved in publishing, writing, and speaking on culture and the written word for more than 25 years. As a children's book editor in Mexico, he stimulated the growth of this sector in Latin America by launching the children's literature collections for the publishing group Fondo de Cultura Económica in 1991. He is currently Director of the Biblioteca Vasconcelos, the library with the highest number of followers on social media in the world. In 2013, he was named as one of the 10 most influential editors in Ibero-America.

Antropóloga, Michèle Petit trabajó desde 1972 hasta 2010 en el Centro Nacional de Investigación Científica (París), en el que ahora es Ingeniera de Investigación Honoraria. Desde 1991, Petit lleva a cabo investigaciones sobre las prácticas de lectura y la relación con la cultura escrita, especialmente en lugares donde el acceso a esta cultura no se ve facilitado por el contexto social o familiar. Su trabajo es un alegato a la literatura escrita y oral, y el arte en todas sus formas, como parte de la vida cotidiana, especialmente para niños y adolescentes.

Anthropologist, Michèle Petit worked from 1972 to 2010 at the National Center for Scientific Research (Paris), where she is now Honorary Research Engineer. Since 1991, she has been conducting research on reading practices and the relation to written culture, particularly in places where access to this culture is not facilitated by social or family context. Her work is a plea for written and oral literature, together with art in all its forms, to be part of everyday life, especially for children and adolescents.